



## **Misa Vespertina de la Vigilia de Navidad**

*Concatedral de San Nicolás, 24 de diciembre de 2020*

“Despiértate: Dios se ha hecho hombre por ti. Por ti precisamente, Dios se ha hecho hombre”. Con estas palabras, San Agustín en el Oficio de hoy, nos ayuda a situarnos ante el acontecimiento sensacional que celebramos, que vamos a celebrar todos estos días, en una Navidad condicionada por la situación de la pandemia.

Las lecturas de esta misa tan singular nos ayudan, también, a situarnos ante tan maravilloso hecho. Así el oráculo de Isaías presupone una situación muy negativa de Israel, parecida a la que estamos viviendo, y a ese pueblo sin esperanza anuncia el profeta: “El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz” (Is 9,1). E ahí un primer mensaje sobre la Navidad, el fin de la oscuridad, del miedo... la liberación, la luz. En aquel Niño. También hoy.

Tito recibe de S. Pablo estas palabras: “Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres” (Tit 2,11). La universalidad de la salvación es una dimensión esencial de la Navidad –lo celebraremos, especialmente, el día de Epifanía-. Ese Niño es el rostro del amor y la misericordia de Dios. Visibles para todos.

San Lucas en el Evangelio (Lc 2, 1-14) nos habla del nacimiento histórico de Jesús. El relato es muy sugerente y comprende tres momentos: primero la narración del acontecimiento –con detalles bien precisos-; después el anuncio hecho por los ángeles a los pastores, primeros testigos del acontecimiento de la salvación; y por último la acogida del anuncio, los pastores que van “deprisa” y encuentran a Jesús, y narran su experiencia verificada y glorifican a Dios.

En el texto hay palabras –sencillas- que podemos aplicarnos: los pastores “vigilan”, se ocupan de su rebaño. También nosotros andamos pendientes, ocupados “de nuestros rebaños”, de “nuestras cosas”. En el fondo del corazón cada uno tiene quizá un problema, una angustia, una pregunta, o tal vez una oración. Esta noche, estemos atentos a la voz del Señor –como a ellos a través del ángel-, nos dice: “No temas”... y nos anuncia a ese Niño, al Señor... y es necesario que, como ellos, nuestro corazón se ponga en camino, y “subir” a Belén... ir hacia el Señor. Y no es nada fácil hoy, en las presentes circunstancias y acostumbrados a exaltar la fuerza y dar crédito sólo al poder, creer en aquel Niño pequeño y débil, como Salvador de un mundo, tan lleno de enormes problemas, en plena tormenta sanitaria y acosado por sus interrogantes y sus consecuencias.

Y, sin embargo, aquí está nuestra Salvación: en este Niño frágil, débil e indefenso. Hoy, como entonces, muchos no lo reconocen. Es lo que sucedía en Belén y en toda ciudad que se cierra. No hay sitio para Él.

Pero es justo conmoverse por el gran amor de Dios. Él ha venido aunque nosotros no le hayamos reconocido, como escribe Juan en el Prólogo de su Evangelio: “Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron”. Y ni siquiera se ha marchado cuando no le hemos abierto la puerta. ¡Ojalá! nos venga a nosotros aquel deseo de Francisco de Asís, cuando en la lejana Navidad de 1223 dijo: “Quiero ver a Jesús”. E inventó el Belén viviente. Y cuenta una tradición que Francisco estrechó entre sus brazos a un pequeño recién nacido venido del cielo. La fragilidad de aquel niño tocó el corazón de Francisco y conmovió a todos los campesinos que habían acudido. Así fueron tocados los pastores de Belén. Reconocerán en aquel Niño el amor del Señor que se había acercado a ellos.

Aquel Niño está también entre nosotros, especialmente en la Eucaristía, para que también nosotros nos conmovamos y como aquellos pastores, como Francisco de Asís, lo acojamos y lo reconozcamos.

Vivamos así la Eucaristía. Vivamos así estos días, abiertos a celebrarlo en la verdad de nuestro interior y en el ámbito de nuestras familias, ofreciendo la luz de la fe para entender estas fiestas a los más pequeños, ofreciendo la luz de nuestra caridad a los ancianos y enfermos y nuestro recuerdo hecho oración para con nuestros familiares que celebran la Navidad en el cielo; y, todo, sin olvidar tener corazón –de muchas maneras- para con los

pobres, los sin familia, los más abandonados, especialmente en esta Navidad sufriente y condicionada.

Y como nos decía Papa Francisco en la catequesis de ayer mismo, en este tiempo de incerteza por la pandemia “la presencia de Dios en el niño recién nacido en Belén, indefenso, humilde y pobre, nos libra del sentido de fracaso, de impotencia y de pesimismo que llevamos dentro, y nos descubre el verdadero significado de la existencia humana y de la historia, porque Jesús se revela como luz que disipa las tinieblas y nos abre el horizonte de la alegría y de la esperanza”.

Que por intercesión de la madre de Dios, María, esta Navidad esté tocada para nosotros de su presencia, y nos dé su luz, su consuelo, para nuestra salvación. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante